

pero tuvo á su favor el hecho de que las potencias de Occidente acababan de llevar á término una larga guerra y no tenían deseo alguno de volver á empuñar otra vez las armas.

No por esto podía creerse infundada la idea de que la conquista de Crimea produciría un conflicto general. En el archivo de Pawlowsk se encontró una reproducción, firmada por Pablo, de una conversacion que tuvieron el gran duque y su madre en el momento en que esta le daba cuenta, como de un hecho consumado, de la conquista de Crimea. Pablo manifestó el convencimiento de que Francia, especialmente, no podría ver impasible aquel suceso, y la emperatriz le contestó que no estaba acostumbrada á temer ni á Francia ni á Suecia (1).

Harris había escrito en 1782, que creía probable una guerra contra los turcos y que la emperatriz parecía desearla (2); además, afirmaba que Potemkin quería conquistar á Otschakoff; que el gobierno se ocupaba en aumentar la artillería; que evidentemente se preparaban grandes planes contra Turquía; que estos eran cada día mas vastos, de tal manera que la emperatriz se veía obligada á poner freno á la impetuosa fantasía de Potemkin; y que todo acabaría probablemente con una desmembración del imperio turco. Mas adelante, siguió Harris el curso de los sucesos de Crimea y opinó que traerían consigo un rompimiento con la Puerta. Potemkin había pedido que se reforzara la artillería del Sur y era probable que una vez aumentada se dirigiese á Otschakoff para ponerle sitio, no pudiendo la emperatriz detenerse en la senda de los triunfos (3).

Ya anteriormente había podido observarse que el embajador prusiano en Constantinopla, Gaffron, usaba contra Rusia de toda clase de intrigas (4). Después de la ocupación de Crimea, tuvieron en San Petersburgo alarmantes noticias acerca de los manejos del diplomático prusiano (5), y por conducto de España supose también la amenazadora actitud de Francia (6). Desdeñosamente habló la emperatriz de la conducta de Choiseul-Gouffier, el cual, en el otoño de 1783, fué de embajador francés á Constantinopla, para intrigar allí contra Rusia (7). Vergennes había concebido el plan de proteger eficazmente á la Puerta en su lucha contra Rusia, queriendo imponer á las cortes de San Petersburgo y de Viena la intervención francesa. Pero Catalina rechazó tales pretensiones diciendo que el asunto era de exclusiva incumbencia de Rusia (8).

Catalina estaba convencida, en agosto de 1783, de que los turcos declararían la guerra (9) y efectivamente por ella se clamaba enérgicamente en el Diván: los genizaros y los ulemas excitaban á un rompimiento con Rusia, y el Reis Effendi declaraba que antes se dejarían los turcos hacer pedazos que tolerar que los rusos permaneciesen tranquilamente en posesión de Crimea. A pesar de esto, el partido moderado hizo prevalecer su opinión y la paz no fué turbada (10).

Una Memoria de Greigh referente á un ataque á los Dardanelos, que se publicó en aquel tiempo y á la cual añadió

- (1) *Russkaja Starina*, VIII, 652-653.
- (2) Harris, I, 540.
- (3) Harris, II, 8, 12, 13, 15, 19, 22, 27, 42, 46, 56.
- (4) Carta de Dolgoruky á Catalina, de 19-24 de julio de 1780, en el trabajo de Tratschewsky; *Correo europeo* 1876, III, 317.
- (5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XVII, 274.
- (6) *Correo europeo*, 1876, III, 710.
- (7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 281-282.
- (8) *Correo europeo*, 1876, III, 723. Zinkeisen, VI, 416.
- (9) Véase la carta á Potemkin, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 274.
- (10) Zinkeisen, VI, 404-405.

algo Potemkin, demuestra cuán bien tomadas tenía Rusia todas las medidas y cuán preparada estaba para la guerra (11). Kaunitz deseaba también la lucha y opinaba que había llegado el momento de resolver la cuestión, y de que el Austria recuperase todo lo que había tenido que ceder en la paz de Belgrado, tanto que José procuró disuadir al canciller de su afición á las empresas (12).

Los tiempos de paz iban pasando. Los golpes dirigidos contra la Puerta eran demasiado sensibles para que ésta dejara pasar la primera ocasión de provocar un conflicto. Rusia se mostraba cada día mas exigente.

Viaje al Sur.—1787

Algunos años después de la conquista de la Rusia Blanca, Catalina había emprendido un viaje á Mohileff; y de carácter análogo fué el que emprendió á las provincias del Sur después de la anexión de Crimea. La circunstancia de que en San Petersburgo se creyera que la paz con la Puerta no estaba asegurada de un modo definitivo, hizo que este viaje tuviera el carácter de una demostración política y contribuyera poderosamente al rompimiento de las hostilidades con la Puerta.

La emperatriz acompañada de su corte, de sus ministros y de los embajadores de Inglaterra, Francia y Austria, emprendió una excursión de recreo á Cherson, que era entonces un poderoso puerto militar de la Crimea, donde tuvo á sus pies á Bachi Serai, antigua capital del Khanato tártaro, donde Sebastopol, el puerto mas hermoso del mundo, fué considerado como cabeza de puente para pasar á Bizancio y al mar Negro, en cuyas aguas una considerable escuadra rusa se encontraba dispuesta á hacer la prueba del fuego en la lucha contra los turcos.

Este viaje era un acto político y al propio tiempo una expedición de recreo de príncipes y hombres de Estado, un congreso diplomático de ingenios y de hombres de salón, una mezcla de broma y de formalidad; fuego artificial que iluminaba y á la vez nube que anunciaba la próxima tempestad; idea extraña de una inteligente y amable princesa y expresión enérgica de aquella política orgullosa y de conquista que caracterizó al gobierno de Catalina y que tan á menudo conmovió al Occidente.

Algunos años antes del viaje ya se había hablado de él en los círculos oficiales. Catalina recordaba repetidamente al «conde Falkenstein» la promesa que en Mohileff le había hecho de aceptar una invitación para una expedición á Cherson (13). Los detalles del proyecto de viaje fueron acordados en 1784 (14), procurando Catalina en muchas de sus cartas hacer prevalecer la opinión de que la expedición nada tenía que ver con la política (15). La circunstancia de manifestar que el objeto del viaje era ver los resultados de la actividad administrativa de Potemkin, en el Sur, hubo ya de darle cierta significación política, pues el objeto á que tendía aquella actividad del príncipe era una preparación para la guerra contra Turquía.

Potemkin, que había de obtener un gran triunfo, pensaba enseñar á la emperatriz, bajo el aspecto mas favorable, todo el Sur, con la provincia recientemente conquistada. La ri-

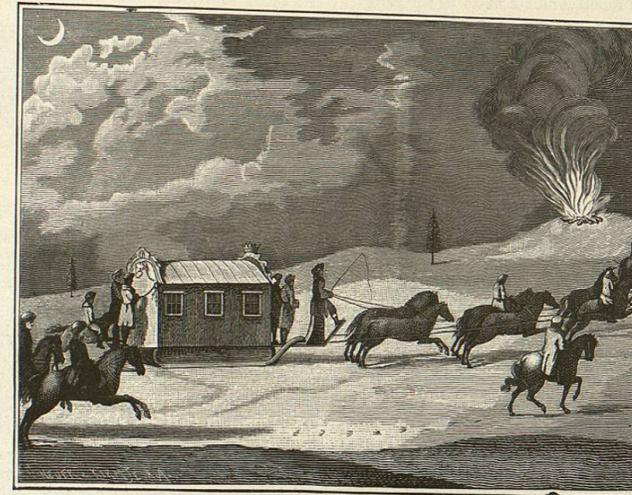
- (11) *Russkaja Starina*, XXII, 449.
- (12) Véase Tratschewsky en el *Correo europeo*, 1876, III, 716.
- (13) Arneth, *José II y Catalina*, 92, 277. Blum *Un hombre de Estado ruso*, II, 354.
- (14) Véanse los Documentos de la Sociedad de Odessa para la historia y antigüedades, II, 758.
- (15) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 378-380. *Cartas de Catalina*, publicadas por Smirdin, III, 449.

queza y la fertilidad de los territorios de las estepas, el rápido desarrollo de las ciudades nuevamente levantadas, la abundancia de viveres de guerra, la fuerza de las fortalezas construidas, el distinguido porte de las tropas, la importancia estratégica de los nuevos puertos de mar, el poder de la nueva escuadra, los encantos de la naturaleza meridional de la península del Tauro, todo esto debía entusiasmar á la emperatriz, desarmar á los enemigos de Potemkin y despertar la admiración de Europa. Tratábase de mostrar al Occidente las fuentes de riqueza de que disponía la Rusia, y los medios de fuerza que había logrado reunir Potemkin. Este príncipe aspiraba á brillar como genio administrativo y esperaba poder dar un golpe mortal á la Puerta y á sus aliados. Si el mundo llegaba á conocer lo que significaba Sebastopol, la fuerza de la escuadra con que podía Rusia dominar el mar Negro, y el número de tropas dispuestas en el Sur á atacar á cualquier momento, los enemigos de la potencia rusa habían de sentir necesariamente gran temor.

El embajador francés, Segur, que tomó parte en el viaje, va demasiado lejos al creer que Potemkin quiso aprovecharlo para inducir á la emperatriz á que rompiera las hostilidades contra la Puerta, ó por lo menos para hacer entrar en su ánimo aficiones guerreras (1), pues no hay que olvidar que la idea de la expedición no partió de la iniciativa de Potemkin.

La misma Catalina no es probable que se propusiera con el viaje excitar á la Puerta á la guerra: podía creerla inevitable, pero no desear que estallara tan pronto. A haber considerado como inmediato el conflicto, hubiera hablado, en las cartas que dirigía á José, en otro tono del proyectado viaje, y no hubiera invitado al emperador á tomar parte en él de un modo tan incidental.

Sin embargo, no dejan de ser dignos de atención los términos en que invitó al emperador á que emprendiera el viaje á Cherson. En la correspondencia que ambos sostenían se hablaba con frecuencia (1783 á 1786) de la cuestión



El gran trineo de Catalina II. Reduccion de un grabado de Hoppe. Siglo XVIII

oriental y de las probabilidades de una guerra, y José se mostraba muy contento de que se mantuviera la paz en Oriente. En 1786, todo parecía de nuevo preparado para un rompimiento con la Puerta: la emperatriz se quejaba de los actos de hostilidad cometidos por los turcos (2) y al propio tiempo pedía con insistencia al emperador que la acompañara al Sur de Rusia (3).

José quedó sorprendido ante la invitación que, casi incidentalmente, se le hacía en una postdata y escribió á Kaunitz diciéndole que haría entender á la «Princesa de Zerbst Catalinizada» que nadie se había atrevido hasta entonces á proceder con él de aquella manera y que pensaba contestar á la invitación con una pura y simple negativa. Solo á instancias de Kaunitz se decidió á aceptarla, y contestó en una carta que no mostraba disgusto alguno (4). La política austriaca descansaba en una buena inteligencia con Catalina. Esta y el emperador debían, pues, verse por segunda vez, es-

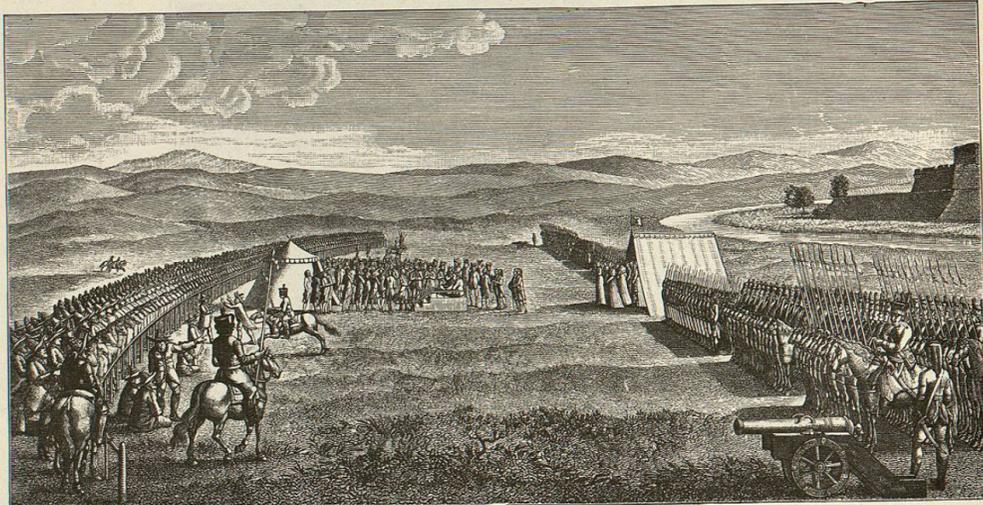
tando en esta ocasión, como en 1780, sobre el tapete la cuestión oriental. Bajo la apariencia de una reunión sencilla, se ocultaba todo un programa político.

Con arte inimitable supo Catalina, durante el viaje que se realizó en enero, con un frío intenso, mantener el buen humor entre los que la acompañaban. Despachaba los asuntos gubernativos pendientes en medio de las bromas de las comidas que se hacían en las preciosas estaciones levantadas expreso y en los campamentos nocturnos arreglados con lujo sin igual. Así en el coche de la emperatriz, en el cual además del favorito y de una camarista iba alguno de los diplomáticos que con ella viajaban, como en las paradas que se hacían, la conversación era animadísima, ilustrada y alegre y de ella eran pasto las cuestiones de todas clases. Allí se exponían conceptos políticos y opiniones diplomáticas, se recitaban versos, se decían agudezas y retruécanos y se contaban anécdotas: hablábase de mitología, de historia, de literatura, de filosofía, de estadística y de agricultura y se referían algunos rasgos de las vidas de Voltaire, de Mercier, de Diderot, de la Rivière y de otros literatos célebres de Francia. Por la noche se jugaba á los naipes, ó se proponían epigramas y charadas. Segur se distinguía por

- (1) Segur, *Memorias*, III, 113.
- (2) Arneth, 211, 213, 218, 232, 245, 274.
- (3) Arneth, 277.
- (4) Arneth, 279.

sus poesías en versos rimados; Fitz-Herbert brillaba por sus agudas y profundas observaciones que hacía con toda la flemingesa, pero no sin cierto sentimentalismo; Coblenz, uno de los representantes de la alegría en que tanto abundó aquel período hasta 1815, sobresalía siempre por su ecuanimidad, por su buen humor y por su talento para entretener aquellas veladas, disponer cuadros vivos, etc. Los embajadores viajaban sin el personal de la embajada, sin secretario particular y acompañados solamente de algunos criados. Los negocios quedaron en suspenso; la etiqueta, con sus severas formalidades, quedó también desterrada, y el ceremonial de corte reducido á su mínima expresión.

Al propio tiempo, dice Segur, no había en esto nada natural; todo era pesado, oficial, artificioso. Mas que impresiones de viaje, teníanse impresiones teatrales; en vez de observar, se era observado: en el bullicio de las fiestas, bailes y ovaciones, no había tiempo para recogerse y reflexionar tranquilamente. Rusia se desenvolvía ante los ojos de los viajeros como iluminada por una linterna mágica, á manera de



R. BREND'ANDOUR. XA.

Encuentro de Catalina II con los kirgises y oposición de los mismos á prestar juramento. Reducción de un grabado contemporáneo anónimo

para adivinarse los mutuos pensamientos y para ejercer recíproca influencia. Halagos, alabanzas, conceptos, manifestaciones, brillantes fuegos artificiales de agudezas y de tanteos accidentales; tales eran las armas que se usaban en la lucha de los intereses políticos. La idea de las principales cuestiones que agitaban la política europea se expresaba por medio del retruécano, de picantes juegos de palabras de personas de alta significación histórica, tan aptas para la conversación aguda como para la seriedad de los negocios.

Los resultados del gobierno de Catalina aparecían en todo su esplendor. En Kieff, un gran número de ricos y respetables polacos prestaron homenaje á la emperatriz: entre ellos estaban representados distintos partidos de Polonia y figuraban los propios sobrinos del rey (1). Convidados tártaros,

(1) Dietario de Chaprowitzky, publicado por Barssukoff, 1875, 7 y 11, marzo de 1787. Véase Waleriano Kalinka *Ostatni lata panowania Stanisława Augusta*. (Últimos años del reinado de Estanislao Augusto) en las *Pamiętniki z osmastej wieku*, (Memorias del siglo XVIII), X. Posen 1868, CCLXVII.

kaleidoscopio, cambiando á cada momento de aspecto. Todas las impresiones estaban artísticamente calculadas; la franqueza era ceremoniosa, pues la etiqueta á pesar de haberse desterrado seguía dominando. Los que aquel viaje hacían se encontraban como en el reducido círculo cortesano del *Ermitaje* ó como en el palacio de recreo de Zarskoje-Sselo. Las mismas personas que durante el viaje parecían divertirse sin cuidado alguno y que se entretenían con toda clase de pasatiempos, debían, al propio tiempo, pensar en el inminente rompimiento entre Rusia y la Puerta, en la crisis que se preparaba en Francia, en las intrigas de Francia y de Inglaterra, en las recíprocas relaciones que entre estas potencias existían y en los esfuerzos que hacía Federico Guillermo II para conquistarse cierta preponderancia en Europa. Cada uno de ellos se consideraba representante de determinados intereses políticos; cada cual comprendía la responsabilidad de la menor palabra que se hablara. Solo en apariencia estaba de huelga la política. Casi en todo se veían las tendencias políticas, los cálculos diplomáticos, los esfuerzos de todos

kalmukos y kirguizios rodeaban á la emperatriz y á los representantes de la Europa occidental. Como en un teatro mágico, veíanse allí confundidas la antigüedad y la época moderna, la barbarie y la civilización, los más notables contrastes en formas y en costumbres, en fisonomías é idiomas, en trajes y maneras.

A pesar de que Catalina procuraba enterarse de lo que pensaban, hacían y decían los embajadores, no tenía con ellos ninguna conversación formal. Sabía que la Europa seguía con curiosidad el curso de su viaje y que se le daba gran importancia; y por eso en la relación oficial que había de ser publicada, se hizo notar la circunstancia de haberse levantado Catalina, durante el baile que en casa del conde Coblenz se dió el día del santo de José II, para felicitar á su amigo, el emperador. La emperatriz, solo como cosa de broma, recordaba sus relaciones con Turquía: al referir, entre otras cosas, que un oficial de la marina rusa se había casado con una negra, decía riendo que en ello podía verse hasta dónde llegaban sus propias intenciones, pues se trataba nada menos que de casar á la escuadra rusa con el mar

Negro. En sus conversaciones con Segur, solía hacer profundas observaciones sobre los turcos. Riendo decía, en cierta ocasión, al embajador francés: «No queréis permitirme que arroje de Europa á vuestros protegidos, los turcos. ¡Valiente pueblo! Os hace honor. Si tuvierais en la Saboya y en el Piamonte unos vecinos que fueran tan peligrosos por el hambre, por la peste y por reducir anualmente á prisión á millares de habitantes de las fronteras, ¿qué diriais si á mí se me antojara protegerlos? ¿No calificariais mi conducta de intrigante (1)?»

En las conversaciones con su secretario particular hablaba de los turcos de muy distinta manera, quejándose de los gabinetes europeos que los excitaban á la guerra y añadiendo que Rusia tenía motivos más que suficientes para «comenzar (2)». Delante de los que la acompañaban burlábase, entre otras cosas, de que su viaje fuese considerado por la Europa como extraordinariamente peligroso y de que se dijese que ella y José II querían conquistar toda la Turquía, toda la Persia y probablemente también la India y el Japon (3).

La entrevista de Catalina con el rey de Polonia en Kanieff no tuvo importancia política alguna: veinticinco años habían transcurrido apenas desde que Catalina y Poniatowski habían estado en íntimas relaciones, cuando volvieron á encontrarse en condiciones muy distintas. Nada hablaron los dos soberanos de política, por más que el rey esperase poder mejorar su situación en Polonia después de haberse visto con Potemkin y con la emperatriz. Al preguntar el rey si estaba próxima la guerra contra los turcos, los hombres de Estado rusos contestaron de un modo evasivo (4).

Más importante fué la entrevista con José II, que llegó á Cherson antes que la emperatriz, y después de haber visitado las fortalezas, los arsenales, los almacenes, etc., salió á recibirla y la encontró en Kaidaki (5).

Cherson produjo excelente impresión en el emperador: la ciudad parecía encontrarse en un rápido florecimiento. También se la produjeron los buques de guerra que estaban dispuestos en los arsenales. Catalina parecía muy contenta (6). A Cherson acudieron los embajadores ruso, Bulgakoff, y austriaco, baron Herbert, procedentes de Constantinopla; y entonces se celebró una especie de Congreso, hablando incidentalmente de política Catalina y José. La situación política no parecía, sin embargo, tan peligrosa como se mostró después, cuando la escuadra turca hizo una demostración presentándose en la desembocadura del Dnieper, suceso que obligó á la emperatriz á renunciar á la proyectada expedición á Kinburn. Los diplomáticos de Rusia, Francia é Inglaterra celebraron algunas conferencias para tratar de asuntos políticos; pero nadie podía creer que la guerra estallara pocas semanas después. José II y Catalina se presentaban como simples viajeros y su encuentro parecía motivado más por la amistad que á los dos unía, que por la común enemistad contra los turcos.

En Bachi-Serai, la emperatriz era tenida en gran consideración. Al recordar las anteriores épocas de la historia de Rusia se comprendía el triunfo que representaba el hecho

de que Catalina habitara el mismo palacio de los Khanes tártaros que tantas veces habían saqueado los territorios rusos. Acerca de la importancia suma de aquella conquista hablaba la emperatriz á menudo con su secretario particular, y de sus conversaciones se desprende cuán en oposición estaban sus opiniones optimistas con las de muchos de sus compañeros de viaje (7).

La vista de Sebastopol, en cuyo puerto estaba anclada una poderosa escuadra rusa, causó en todos extraordinaria sorpresa. Durante la comida, Catalina alzó la copa y brindó á la salud de su mejor amigo, José II, haciendo notar que á este debía en gran parte la conquista de Crimea (8). Los viajeros quedaron asombrados de que Potemkin hubiese podido tanto en tan poco tiempo, y José II no vaciló en decir que á dicha ciudad le estaba reservado un brillante porvenir. Así á él como al conde Segur les asaltó la idea de que desde Sebastopol podía irse á Constantinopla en 36 ó 48 horas.

José, en su carta á Lacy, decía que el embajador francés, al ver el nuevo puerto de guerra había quedado tristemente admirado, y añadía: «Y ahora figuraos lo que debe de pensar el sultan, esperando que el día menos pensado lleguen estos bravos camaradas y con el estruendo de sus cañones le rompan los vidrios de las ventanas de su palacio. La emperatriz está entusiasmada con este aumento del poderío de Rusia (9).»

Después de haber visitado otros puntos de Crimea, separóse de los expedicionarios José II, el cual habiendo tenido noticia de los desórdenes ocurridos en los Países Bajos, se dirigió apresuradamente á Viena. Casi al mismo tiempo estalló la guerra.

Estalla la guerra (1787)

Cada nueva conquista que hacía Rusia á costa de los turcos y de los tártaros exigía ulteriores progresos en la senda emprendida. Apenas se había conseguido la ocupación del mar Negro, cuando ya se trataba de obtener el paso de los Dardanelos; y la posesión de Crimea y la construcción de Cherson hicieron nacer el deseo de conquistar á Otschakoff. A cada momento se presentaban, pues, nuevos motivos de conflicto entre Rusia y la Puerta (10). Potemkin, que en sus Memorias demuestra la necesidad de conquistar la península del Tauro, observa que de ella dependía la dominación de Rusia en el mar Negro (11). Vergennes, hablando de la ocupación de Crimea, decía que Catalina no se daría con ella por satisfecha, pues su intento era provocar á los turcos, atacarles y aniquilar su imperio (12). Los turcos por su parte decían que mientras los rusos estuvieran en posesión de Crimea, el imperio otomano sería una casa con las puertas abiertas, en la que podría entrar, cuando quisiera, un ladrón (13), y en efecto, á cada momento podía presentarse la escuadra rusa delante de Constantinopla y destruir la escuadra turca (14).

No en vano la conquista de Crimea fué considerada como una obra maestra del arte diplomático ruso. Siguiendo en

(1) Segur, III, 29.
(2) Chrapowsky, 7 de abril de 1787.
(3) Segur, III, 120.
(4) Acerca de este episodio de Kanieff, véase mi trabajo sobre el viaje de Catalina en la *Revista rusa*, tomo II. Liske trató de él más extensamente, en la *Revista rusa*, IV, 481, 508. Se encuentra también abundante material en Kalinka, obra citada.
(5) Véase sobre la fundación de la ciudad de Iekaterinoslaff mi trabajo en el *Correo de la frontera*, 1870, pág. 139.
(6) Véase mi trabajo en la *Revista rusa*, II, 49.

(7) Dietario de Chrapowsky, 21 de mayo de 1787.
(8) Carta de Chrapowsky y de José á Lacy: Arnetz, 363.
(9) Arnetz, 363. Segur, III, 181.
(10) Observaciones del príncipe Schtscherbatoff en su trabajo sobre el hambre de 1787, en los *Documentos de la Sociedad moscovita para la historia y las antigüedades*, 1860, I.
(11) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), 163.
(12) Herrmann, VI, 62.
(13) Herrmann, VI, 172.
(14) Eton, *Descripción del Imperio turco*, 100.